

LIBROS

"NIÑEZ Y MOCEDAD DE ORTEGA"

Por Manuel Ortega y Gasset

Ediciones "Clave".
Madrid. 105 págs.

NADIE más indicado que Manuel Ortega y Gasset para reconstruir la vida de su hermano, el gran filósofo y escritor, en las primeras fases de infancia y juventud. Incluso muy famosas biografías adolecen de ese vacío, que sólo puede llenar, en principio, quienes compartieron con el personaje su vida familiar y doméstica. Y es claro que esta inapreciable fuente de común experiencia no la puede utilizar quien no haya gozado directamente de tan privilegiada situación. He ahí una de las limitaciones con las que todo biógrafo tiene que luchar.

La infancia de José Ortega ofrece la singularidad de desarrollarse en un hogar letrado. Por poco iniciado que esté el lector en la vida cultural y política del siglo XIX y parte del XX, los apellidos de Ortega y Gasset dicen lo bastante para explicar las primeras incitaciones experimentadas por un niño que precisamente por tener intuición certera de la medida de las cosas, no fue precoz con extraordinarios fulgores. Niño inteligente, inclinado a la lectura, pero sin frisar en el prodigio. Es feliz observación de Manuel ésta: "Ortega fue todo a su tiempo." Nos parece, desde luego, que si Ortega se hubiese dado cuenta de su genialidad, habría cuidado, con muy lúcido escrúpulo, no manifestarla, llevado de su sencillez y preocupación por la autenticidad de los valores. Era obligado, lógico y digno, incluso por razones de eficacia ulterior, el esperar. Ortega "no tuvo tiempo para ser precoz. Le vemos flotar entre altas cotas del pensamiento, conservando su amor y su gusto hacia lo sencillo, con tal de que sea efectivo. Clave de su ser es la autenticidad."

Es dato que merece ser recogido el que fuese uno de sus profesores en el colegio de El Palo, en Málaga, el padre Gonzalo Coloma, quien descubriese en aquel chico estudioso y vivacísimo un valor intelectual de primer orden. "De las manos de este religioso sacó Pepe su iniciación en las lenguas clásicas. Ejerció el padre Gonzalo sobre él un efusivo mecenazgo espiritual..." La crisis religiosa que por entonces debió de apuntar es delicada materia, que escapa, naturalmente, al encuadramiento de la niñez de José Ortega por Manuel en datos puramente externos, justamente por tocar a la intimidad de la conciencia. Manuel Ortega se atiene a lo que vio y oyó, en su fraternal convivencia, y a esa luz de emocionado recuerdo, sin prejuzgar nada, Ortega recoge unas palabras de su hermano, muy niño aún, en el momento de llegar a su casa el sacerdote que habría de administrar los Santos Sacramentos a un pariente agonizante. "Algún movimiento o alguna pregunta importuna debió de ocurrírseme—refiere el autor—, y mi hermano Pepe me tocó en el brazo y me dijo, un poco imperativo: "Calla, el que sube es Dios."

Ortega Munilla no podía, de seguro, sentirse ajeno al desarrollo mental del segundo de sus hijos, harto distinto, sin duda, a los niños de su edad. Ortega Munilla dirigía "El Imparcial" y era, aparte de gran periodista, hombre de letras, cultivador de la novela en una época nada

propicia a su justa valoración, por ser aquel tiempo el de la máxima popularidad de Galdós, Valera, Pereda, doña Emilia Pardo Bazán... Pero Ortega Munilla hizo en "La cigarra" una novela totalmente extraña al patrón imperante, por los elementos de fantasía y lirismo que se combinaban con los de divisa realista. Manuel Ortega habla del influjo que lógicamente ejerció Ortega Munilla sobre sus vástagos, "sin forma de magisterio alguno". La cultura de Ortega, padre, se basaba en lecturas copiosas, pero "desordenadas y totalmente desprovistas de guía". Sabemos, en virtud

de este testimonio, que conocía muy bien



Don Manuel Ortega y Gasset.
(Foto Legorgen.)

de este testimonio, que conocía muy bien a los novelistas españoles y franceses coetáneos, más el teatro de Shakespeare "en malas traducciones". "El Quijote" era familiar a todos, también el "Rivadeneira"... Manuel Ortega nos da cuenta de las visitas al Museo de Reproducciones Artísticas más que al del Prado, bajo las enseñanzas del que fue buen crítico de arte Francisco Alcántara.

No puntualiza Manuel Ortega el libro o los libros que hicieron caer a su hermano en la inexorable tentación de la Filosofía. Sólo hace a este respecto la siguiente precisión: "El amor de Pepe a la lectura empezó pronto a desenfrenarse. Hacíamos una vida excesivamente recogida..., y podría expresarse la impresión que tengo de su avidez desapoderada por los libros, diciendo con poca exageración que pasó sin cuarentena de "Los tres mosqueteros" a los libros de cubierta amarilla de Renan. Y algo se resintieron los nervios de Pepe. Pasaba malas noches, y tenía propensión a las pesadillas y aun al sonambulismo." No es para olvidada la influencia que la profesión periodística del padre ejerciera sobre sus hijos, y de un modo más acusado en Pepe, atento a las conversaciones de sobremesa y a las tertulias que llegase a conocer por análogo conducto, quedando así explicado el incipiente gusto del futuro pensador por los medios de expresión y difusión que la Prensa proporcionaba.

¿Hizo versos Ortega? Es una de las cuestiones que plantea su hermano, influido, sin duda, por el hecho social y psicológico de que en aquel tiempo casi todo el mundo hacía versos, aunque sólo fuese como juvenil calaverada. Manuel Ortega asegura que su hermano "fue el hombre que hizo menos versos". Sólo recuerda una breve composición "que tuvo a bien pergeñar, ya de muchacho, sobre un pensamiento de nuestro padre que había aparecido en una revista". Hacer versos no equivale ciertamente a hacer poesía. El ingrediente poético de la prosa de Ortega, tantas veces poética, es muy importante. Pero conste que Manuel rehuye cuanto le es posible la valoración de su hermano como filósofo y como escritor, por mucho que se le vaya tras él, con el cariño, la admiración. Es curioso que uno de los primeros artículos que ensayó Ortega lo inspirase la muerte de un periodista, Eduardo del Palacio, que popularizó como crítico taurino su seudónimo "Sentimientos". La atracción ejercida sobre Ortega por el espectáculo taurino era de siempre. Manuel nos describe a Pepe, adolescente, lanzándose a dar "unos cuantos lances" a un becerrete muy majo que se llamaba "Vinagre", en la corraliza de la finca "Encinas Viejas". El primer artículo que publicó Ortega se titulaba "Glosas" y fue en la efímera revista "Vida Nueva", en 1902. La Literatura le seducía por sí sola, pero su interés por las disciplinas del pensamiento le situaba en la encrucijada de vocaciones, que simplificó mucho el día que abandonó los estudios de Derecho que su padre le imponía, llevado de un prejuicio muy extendido en la época. En el capítulo "Desazón y ¡basta!", el autor nos hace sentir una de las fases del ánimo de Ortega, hasta que le llegó la hora de desposarse con la Filosofía. Corría el año 1904, y en una carta le dice Pepe a Manuel: "Puedo decirte que me he metido de hoz y coze en el estudio de la Filosofía." Ortega había puesto ya "tope final" a su mocedad. Al año siguiente marcharía a Alemania, contento como quizá nunca lo estuviera. Atrás quedaban cuantas cosas nos refiere Manuel Ortega, con menos información de la mocedad que de la niñez, lo que se explica porque según fuese creciendo Ortega, se iría sustrayendo, sin perjuicio de los puros afectos familiares, a la atmósfera casera.

★ M. FERNANDEZ ALMAGRO
De la Real Academia Española.

"ESPAÑOLES EN ORBITA"

Por Marino Gómez-Santos

Ed. Afrodísio Aguado.
Madrid, 1964. 388 págs.

La pluma fácil y desenvuelta de Marino Gómez-Santos se ha incorporado a nuestra literatura cultivando diversos géneros literarios, pero demostrando una amorosa predilección por la biografía—de personas y de épocas—a través de ese difícil género periodístico que es la entrevista. En las páginas de "Pueblo" han aparecido estas largas conversaciones que Marino Gómez-Santos ha sostenido con ilustres personalidades en muy distintas actividades de la vida española contemporánea. Por ejemplo, en este volumen se recogen las biografías que Gómez-Santos ha confeccionado utilizando el diálogo, de Alejandro Casona, del conde de Mayalde, de Emilio Romero, de José Iturbí, de José Luis Sáenz de Heredia, de César González-Ruano, de Pablo Sorozábal, de Juan Ignacio Luca de Tena y de Pepe Luis Vázquez. Un mundo vario, entrevistado en las contestaciones que a las certeras preguntas del periodista-escritor han hecho cada uno de los personajes.